

Homenaje a Bobbio*

Danilo zolo

A partir de 1974 emprendí con Norberto Bobbio una intensa correspondencia que se intensificó en los últimos años. Nuestra relación inició cuando Bobbio respondió a un breve mensaje mío con una larga carta: era un análisis crítico cuidadoso de un libro mío dedicado a la teoría marxista del Estado. Esa generosa y al mismo tiempo severa atención con mi trabajo evidenció e intensificó mi admiración. Desde aquel momento en adelante nunca me deshice de esos sentimientos en relación a Bobbio. Más aún, con el tiempo, se profundizaron, incluso cuando disentí de algunas de sus posiciones políticas.

En el curso de 30 años intercambiamos decenas de mensajes donde discutíamos, principalmente, las tesis sustentadas por él en sus libros y ensayos. En el origen de nuestras correspondencias estaban cuestiones como la democracia, el orden internacional, la paz y la guerra. Algunas veces, hablábamos, también, sobre los temas de mis libros, especialmente *Cosmópolis*. En la dedicatoria que me hizo en uno de sus libros, Bobbio se autodefinió “cosmopolita impenitente” y, así, no compartía mis tesis antiuniversalistas, pero consideraba útil discutir las conmigo. En algunos casos, sobre todo en ocasión de la guerra del Golfo y de las guerras siguientes, nuestro intercambio de cartas se volvió una verdadera discusión pública y, a veces, fuertemente criticada.

En el inicio de 1998, gracias a la invitación de Antonio Cassese, escribimos y publicamos en el *European Journal of International Law* un intenso diálogo filosófico jurídico, posteriormente traducido en muchas lenguas. Un año después, fui yo quien le propuso a Bobbio un segundo diálogo, dedicado a temas filosófico políticos. Bobbio aceptó escribir sus respuestas, aunque después lo interrumpió. Una fuerte enfermedad y, al final, la muerte de su esposa, le impidieron continuar.

Leí a Bobbio con gran atención. Podría decir que estudié y asimilé sus principales obras filosófico políticas, desde *Política y cultura*, de 1965 y *¿Cual socialismo?*, de 1976, hasta *El futuro de la democracia*, de 1984, por citar algunas de las más importantes para mí. Lo que siempre aprecié de Bobbio fue la lección que viene de

* Este pequeño texto fue originalmente publicado en la revista *Metapolítica*, N° 33, correspondiente a enero-febrero de 2004, editada en México. Agradecemos a su comité editorial la autorización de publicarlo nuevamente aquí. La traducción del italiano al castellano es de César Cansino. El autor, Danilo Zolo, es un conocido filósofo italiano, miembro del comité editorial de *Metapolítica*.

su estilo de pensamiento: su disposición para el diálogo con el adversario, la sabia dignidad de su lenguaje, su claridad diáfana y su comportamiento de austera independencia intelectual. Siempre existió en Bobbio una lúcida conciencia de su papel de hombre culto: el papel de mediador en nombre de la razón y la libertad, empeñado en ponderar los argumentos de todas las partes de una causa con atención, cautela y modestia. En *Política y cultura* existen varios párrafos que leí infinitas veces, transcribí, cite en mis escritos y que en este momento sería capaz de recitar de memoria.

Por algunas décadas, Bobbio interpretó de modo ejemplar su idea de la cultura con una austera concepción del papel de hombre culto: como pocos era un intelectual atento a los cambios de la política, pero de ésta se mantuvo rigurosamente separado. Bobbio fue para muchos de nosotros, durante décadas y por ese comportamiento civil, un ejemplo a seguir.

Actualmente el escenario de las relaciones entre cultura y política está profundamente cambiado. De la sociedad industrial y del Estado de bienestar pasamos a la sociedad sin trabajo, dominada por la revolución de la tecnología y la informática y por el excesivo poder de las fuerzas económicas que disfrutan de la dimensión global de los mercados. La derrota del socialismo real y la presión de la globalización pusieron en crisis a las instituciones re-presentativas. La democracia parlamentaria cede su lugar a la videocracia, la lógica de la representación es subrogada por la lógica comercial de la propaganda política y la “sondeocracia”. En este orden de cosas el poder de los estados nacionales se reduce y se afirman imponentes fenómenos migratorios, descomponiéndose el equilibrio geoeconómico establecido en el período de la posguerra. En todas partes es inminente la amenaza de guerra.

Una vez más nos encontramos frente a cambios que no sólo ocultan el sentido de una posible función pública de hombre culto, sino que amenazan su propia integridad intelectual. Tal vez deberíamos, como la metáfora de Bobbio, abandonar la idea y profundizar en una tentativa de evadirnos de los homenajes a los poderosos, que ahora son y serán cada vez más, poderosos globales. En cuanto a mi, en la pequeña maleta que llevaría conmigo, no faltarán los libros de Bobbio que referí antes.

Muchas veces, Bobbio fue una persona autocrítica en cuanto mantuvo abierto, a lo largo de su militancia intelectual, una gran cantidad de cuestiones teóricas: empero, eso no significa que no haya podido responder parte de ellas.

Tal vez Bobbio exagera, pero su autocrítica no es descabellada si es atribuida a la tensión entre su realismo político y la concepción ética de los valores y del destino del hombre. Las motivaciones profundas que animan su reflexión provienen tanto de la tradición del realismo político europeo, como del iluminismo. Bobbio estudió con mucha atención a los autores realistas, como Hobbes, Marx y Weber, sin olvidar a los elitistas italianos, desde Pareto hasta Mosca. Al mismo tiempo su reflexión abreva del universalismo y el racionalismo ético jurídico de Kant y Kelsen,

que son los otros dos autores a los cuales dedicó mucha energía.

Bobbio se opuso enérgicamente al moralismo y a la utopía política, apreciando del marxismo la relevancia dada al carácter conflictivo de la política y a su insuperable particularidad moral. Por otra parte, hay en Bobbio una ética humanista que lo lleva a juzgar los hechos políticos de acuerdo a rigurosos parámetros morales. Por ejemplo, al repeler el liberalismo a la Hayek –un autor al cual siempre detestó sinceramente– Bobbio afirma la necesidad de establecer límites morales a la libertad del mercado contra la tendencia a comercializar cada valor y transformarlo en un objeto de cambio. La indiferencia ética del mercado es la verdadera responsable, según Bobbio, del consumismo desenfrenado. La libre competencia entre los productos lleva a la expansión de necesidades artificiales que no merecen ninguna tutela. Es necesario, entonces, establecer los criterios morales precisos para que, con base en ellos, se pueda distinguir las expectativas sociales que no merecen ser satisfechas y reconocidas públicamente como derechos, descartando aquellas que no merecen tal reconocimiento. El cuadro ideal para esta estrategia de selección de derechos debería ser el proyecto iluminista de emancipación del hombre contra la sujeción política, los preconceptos y la ignorancia.

En una perspectiva realista de tipo clásico, muchas veces repliqué a Bobbio, pues la acción debería cesar de referirse a los grandes ideales humanistas e historicistas de la igualdad, la fraternidad y la emancipación humana. Debería liberarse de la profecía mesiánica y despojarse del mito aristotélico rousseau-niano del *ágora*. Debería reconocer que la caída de los grandes discursos de emancipación de los años noventa demostró no sólo la baja de las pasiones humanas, sino también los límites funcionales de la política.

Bobbio rechazaba esa alternativa tan definitiva. Su filosofía política, para decirlo en una palabra, oscilaba entre Maquiavelo y Kant, en un grandioso e irresuelto dilema entre sus opciones filosóficas y políticas. La ascendencia del iluminismo introducía en su pensamiento una profunda instancia normativa, una inclinación para concebir los fines de la política a la luz de austeras expectativas, de carácter ideal: la justicia, la igualdad, la paz, la emancipación humana. En las páginas de Bobbio, no obstante su pesimismo, la política nunca se reducía a su mera función pragmática: la organización de los intereses, la mediación de los conflictos, la garantía del orden y de la seguridad.

Esa tensión intrínseca al pensamiento del Bobbio puede ser criticada –y fue duramente criticada– como un grave límite teórico a su investigación. Mi opinión es exactamente la opuesta: encuentro que su investigación fue excepcionalmente fecunda, pues contribuyó para que su pensamiento se volviera vivo, problemático, exploratorio.